

Amaitzeko, beste dei bat. Nori? Ba-aldakit nik neronek? Baña guziok ulertuko dezute noski esaten badet, alegia, legezkoa ta bidezkoa izango litzakela euskeraren aldeko lan ontarako, nor-baitzuk erraztasun geixeago emango balizkiguteke.

Ez dezala iñork kezkarik eduki; ez dezala iñork beldurrik izan. Euskaldunok ez gera eskergabeak.

Jaungoikoa'k egun on dizuela guziori, ta gaizki esanak par-katu.

LUIS MICHELENA JAUNARENA:

Señoras y señores:

Se me ha indicado que diga algunas palabras acerca de los planes y proyectos de la Academia. Mis palabras tendrán necesariamente que ser breves y, sin embargo, no me limitaré a mirar al futuro, sino que abundando en algo que acaba de decir el señor Arrúe, quiero ocuparme por un momento del pasado.

No voy a descubrir ningún secreto si digo que hechos como este hermoso acto, que vuestro entusiasmo y desinterés han hecho posible, no han sido particularmente frecuentes en la vida de nuestra Academia durante los últimos años. Podría, para explicarlo, alegar la excusa habitual en tales casos, y decir que, a pesar del silencio, nuestra labor callada ha continuado sin interrupción en ese tiempo. La excusa no dejaría de ser bonita, pero hablando con franqueza, no creo que podamos sentirnos demasiado satisfechos de lo realizado hasta ahora. Las causas son muchas, y no voy a entrar ahora en su examen: me bastará con señalar un aspecto, porque lo demás es hasta cierto punto externo y accidental. Nosotros, al entrar sucesivamente en la Academia, hemos asumido una herencia demasiado pesada para nuestros hombros. Ni nosotros ni nadie puede olvidar que, aunque seamos nominalmente los sucesores de aquellos grandes hombres que han ilustrado a esta Academia, nuestra sucesión no pasa, en muchos aspectos, de ser meramente nominal.

Y entre esos hombres es obligado mencionar en primer lugar la figura de aquel gran vizcaíno que fué D. Resurrección María de Azkue. Precisamente ocupa un lugar señalado en nuestros proyectos el de un acto de exaltación de su personalidad. Bien merece D. Resurrección que todavía hoy se le dedique un gran homenaje, un homenaje que debemos procurar que no sea del todo indigno de sus merecimientos. La labor de Azkue abarcó,

como es bien sabido, muchos terrenos. El solo realizó lo que en cualquier parte hubiera sido la obra de una generación. El recogió nuestra música y nuestras tradiciones populares, pero sobre todo, él estudió nuestra lengua y, dentro de las muchas obras que a ella consagró, será seguramente la principal una que terminó y publicó siendo aún joven: su gran Diccionario.

Nosotros deseáramos que ese Diccionario que hoy es tan difícil de encontrar pudiera volver a publicarse, en una segunda edición que no sea mera reimpresión de la primera, sino una edición corregida y aumentada. El mismo D. Resurrección nos dejó ya abundante material para los aumentos y correcciones en un ejemplar del Diccionario anotado de su propia mano, y otros también han aportado elementos. Este proyecto, esta nueva edición del Diccionario, sería probablemente el mejor homenaje que podríamos rendir a su memoria. Y presenta todas las ventajas, sin más que un solo inconveniente. Hablábamos de ello precisamente ayer, en la reunión de la Academia, y se hizo un pequeño presupuesto, calculado muy por encima, de lo que podría costar, sin la impresión, la labor preparatoria de esa edición. La cifra que se obténia, prefiero no mencionarla, porque podría resultar aterradora.

Esta labor que la Academia desea continuar en la medida de sus posibilidades, este trabajo de conocimiento e investigación de la lengua, no supone el menor exclusivismo. No es que nosotros consideremos que la lengua vasca, su léxico y su gramática, son patrimonio nuestro, de la Academia. Afortunadamente, los objetos del espíritu, a diferencia de los materiales, pueden ser poseídos por cuantos poseedores se quiera: no pierden nada con ello, sino que su valor aumenta con el número de poseedores. Esta Academia desea seguir trabajando, como ha trabajado siempre en lo posible, en estrecha colaboración con cuántas personas y entidades, propios y extraños, se interesen en uno u otro sentido por nuestra lengua. Es más, el cariño que nos inspira el trabajo de los demás crece posiblemente con la distancia: son precisamente aquellas personas que al parecer tienen menos razón natural para interesarse por nuestras cosas las que, por una reacción espontánea de agradecimiento, despiertan nuestra más íntima simpatía. Y, entre las entidades con las cuales deseamos trabajar en colaboración, figuran en primer lugar aquellas que cuentan entre sus finalidades el estudio de la lengua vasca: la Junta de Cultura de la Excm. Diputación, con la cual tiene la Academia tantos motivos de agradecimiento; el Centro de Estu-

dios Vascos de la Jefatura Provincial del Movimiento, el Laboratorio de Investigación Vascongado, para no mencionar más que las de Bilbao.

La Academia, como es bien sabido, no se propone tan sólo estudiar el vascuence: tiene también asignada una misión tutelar, de protección de la lengua vasca. No nos interesa únicamente su conocimiento: nos interesa en primer lugar su existencia, su presencia viva. Desgraciadamente, y casi por definición, el papel de la Academia en este orden de actividades no voy a decir que sea pasivo, pero al menos no es exactamente impulsor: no es el motor que necesita la lengua para conservar y robustecer su vitalidad. La Academia, por su misma naturaleza, es más bien un organismo director. Todos sabemos cuál es y debe ser el motor. Ese motor somos todos, somos vosotros y nosotros, los que nos hemos reunido aquí y los que no están aquí corporalmente presentes. De este entusiasmo que tan hermosos frutos ha producido el día de hoy podemos esperar mucho para el futuro. La Academia sólo puede prometer que hará lo posible para mantenerse a la altura de vuestro entusiasmo.

Todos sabemos o creemos saber que las condiciones de la vida moderna, de la vida actual, no favorecen la variedad; se dice a menudo que ciertas reliquias del pasado están condenadas a desaparecer. Sería temerario, y no conduciría más que a resultados lamentables, el obstinarse en negar los hechos. La Historia es cambio y para sobrevivir hay que saber ajustarse a las nuevas condiciones de vida. Sin embargo, del mismo modo que una familia no es en buena parte tal sino en la medida en que conserva la tradición, los usos y modos que han ido transmitiéndose de padres a hijos, y cuando se abandona esa tradición sin otro fin que el de estar al día, no se produce otra cosa que gentes sin ser ni consistencia, así nosotros, si abandonáramos o pusiéramos en peligro algo que nos viene de muchas generaciones atrás, algo que precisamente porque no se puede ver o tocar tiene un valor muy superior a cuanto de material pueda producir el hombre, cometeríamos, como decía ayer Irigoyen, una especie de suicidio colectivo, o por lo menos de automutilación. Poseemos algo cuyo valor, por tratarse de un hecho cotidiano y consabido, no apreciamos en su justo valor, sobre todo en estos días en que sólo nos sentimos inclinados a dar valor a lo que entra por los sentidos. Pero, si hoy no valoramos debidamente este bien espiritual que no sabemos muy bien por qué,

por una tenacidad inexplicable de la que no hay otro ejemplo en la Europa occidental, ha llegado vivo hasta nosotros, lo apreciaríamos el día en que lo hubiéramos perdido ó cuando, puesta en peligro su existencia, viéramos que se extinguía la esperanza de conservarlo vivo y presente.